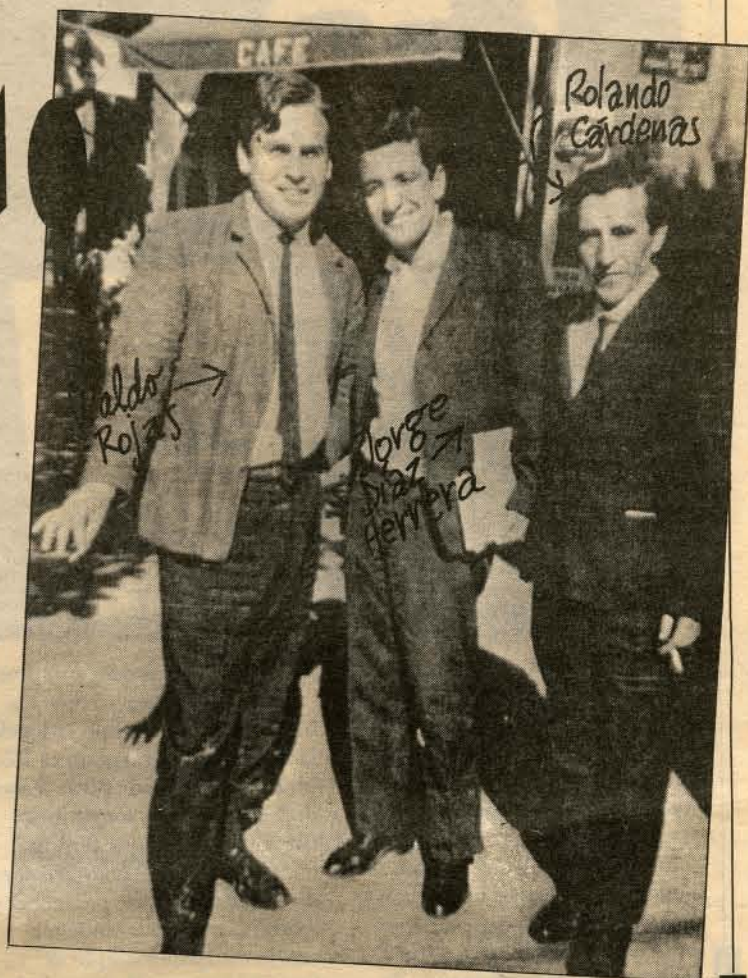


438

R.C



679010

3

Silenciosa, tal vez como el voto de discreción que le había impuesto no sólo a su palabra poética sino a toda su vida, fue la desaparición de Rolando Cárdenas. Sus amigos han esperado el tiempo necesario para recobrar la voz y poder darle el espacio —y el tributo— que se ganó como sólo saben ganárselo los alacalufes tristes, a los cuales pertenecía según Jorge Teillier. Lo que sigue nos fue enviado desde Francia, lugar hasta donde ni él mismo sospechó se extendían sus atronadores silencios.

1943

Waldo Rojas, París

Rolando Cárdenas, me enteró aquí en París, no sin sorpresa y sí con abundante pesar, ha muerto en Santiago hace algunas semanas. Desaparición inadvertida en lo inmediato —me cuentan—, secreta y como encubierta, si no acallada por esa suerte de voto de discreción que él observó en su vida misma hasta imponérselo a su último respiro, luego de habérselo impuesto a su palabra poética, a su palabra a secas, y hasta a su última tristeza.

No sé si el hecho de su extinción —y valga este enfemismo— habrá sido objeto de algo más que de un rápido eco de prensa, urgentemente somero y expeditivo. Si así ha sido, y yo lo espero, y que alguna plu-

ma amiga —porque Dios sabe que Rolando buscó a sus amigos sobre todo entre la gente de pluma— ha querido dar cuenta del hombre y de su obra escrita, ambos parvos, parcos, parejamente entecos de forma aunque no de fondo, se habrá tratado de un acto de justicia. Tardío, por cierto, pero no menos merecido.

No ya porque la muerte deba necesariamente zanjar en favor de su cautivo y con la última paletada del reconocimiento explícito de las calidades y virtudes del individuo, un litigio de valoración inexpresado y no resuelto durante el paso suyo entre nosotros. (La sombra de alguna condescendencia de baja ley, pasablemente infame, planea en ese tipo de coronamientos a deshoras). Sino porque aun en tal ocasión, irremediablemente perdida para la satisfacción su legítimo beneficiario, es bueno —y lo bueno es, sin más, necesario—, no diré, con la fórmula de uso, contribuir a la memoria cultural de una obra poética, sino fundar o comenzar a fundar ésta.

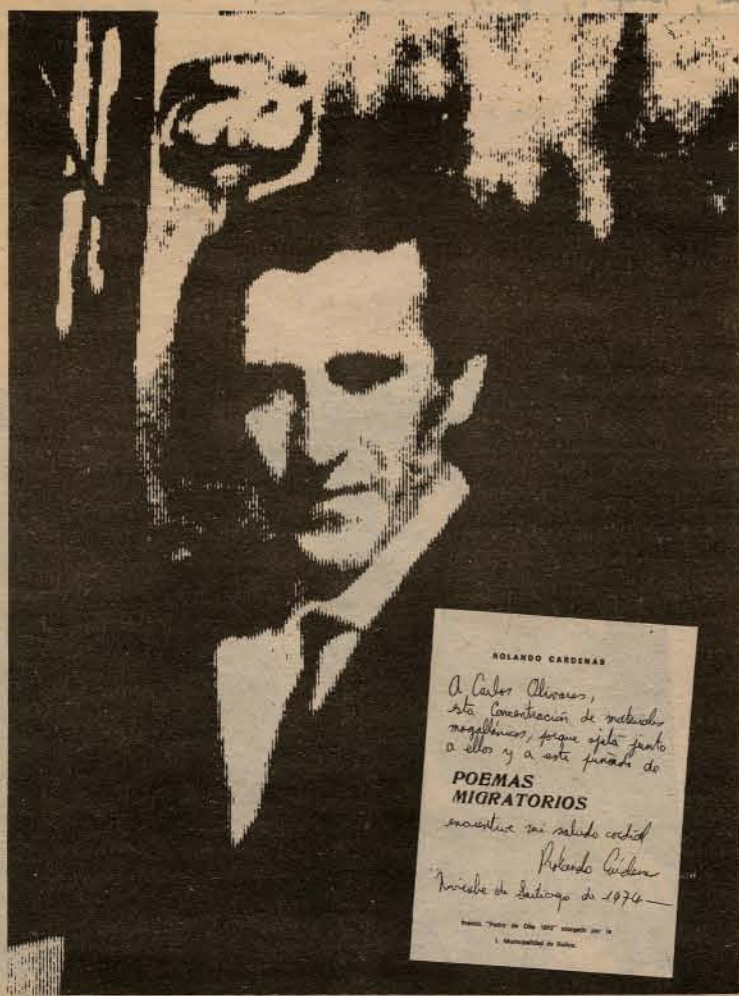
Nunca mejor dicho en el caso de alguien como el poeta Cárdenas. Puesto que se buscará inútilmente en los archivos que sea (yo, aquí, he buscado en mi desproveyda memoria) un trabajo de fondo y de substancia, que dé cuenta razonadamente de su escritura, exceptuada alguna glosa de rigor, generalmente carente del mismo, fuera de algún espaldarazo parroquiano y de circunstancia, más o menos afectuoso, más o menos complaciente.

No se hallará tampoco un retrato hablado del personaje, una “semblanza”, a la manera de nuestros antiguos, y no tanto, cronistas y polígrafos de un linaje que el insidioso desprecio chileno por el cultivo de la memoria ha terminado por segar en el brote mismo (menuda ironía aquello de “país de historiadores”, dicho de un pueblo que aún no sabe vislumbrar en el conocimiento del presente la materia germinal y la promesa de un pasado...). Dicho sea de paso, *noblesse oblige*, el último cultor de genio —digo bien: de genio —de ese raro arte, ha sido en Chile, el Filebo de los imponderables **Expedientes**.

Paisajismo antropológico

Sin embargo, los poemas de Rolando Cárdenas fueron leídos y escuchados, incluso laureados, y por un jurado competente y riguroso (Julio Barrenechea, Enrique Lihn, Roberto Mesa Fuentes premiaron en 1959 su primer libro **En el invierno de la provincia**; ellos tres, hitos disímiles de nuestra disímil historia poética, y ya fallecidos). Sin embargo, otros poetas de nombre y de obra, entre lo más granado de nuestros mejores vates, como Jorge Teillier, situaron su obra en un cometido orgánico y plural, identificándola a una corriente hondamente afincada en varias épocas de nuestro imaginario lírico: los *poetas de los lares*.

Durante una conversación, ahora inefable, recuerdo que hacía observar a Enrique Lihn una, para mí, sorprendente afe-



nidad entre el poema suyo *Cementerio de Punta Arenas* y algunos poemas de Cárdenas, en particular, *Antepasados*. El poeta de *La pieza oscura* me aseguraba que, inevitablemente y pese a todo lo que separaba ambas estéticas, el correlato objetivo de su propio texto eran, sin duda, los poemas *fueguinos* de Cárdenas. Y acto seguido hablamos, texto en mano, de esta poesía singularísima, seducida por una especie de paisajismo antropológico, que poblaban protagonistas fantasmáticos de una hazaña innominada e ignota para sus propios actores; aventura consistente quizás en la simple situación de sobrellevar una existencia que conglomeraba en cada uno de ellos todos los desafíos de una historia ancestral, y ahora aquejados del vacío de subsistir para ninguna memoria. O lo que es casi lo mismo, para una memoria sin sujeto ni palabras, inscrita en la mudez sin tiempo de los elementos y de las “cosas sin alma”.

Poesía que asumía ya en su soporte gramatical —un pretérito continuo y letárgico— esa narración sin intriga ni desenlace, toda en imágenes sensoriales y afectivas. A esos ecos ancestrales el poeta austral, sin saberlo, o sabiéndolo recónditamente, prestaba su voz, como a su propia estirpe, como quien nombra una mitología primordial por vez primera pero con los materiales de una infrahistoria repetida no obstante cada día en cada huella del paso del hombre.

Hubo otros poetas más, entre sus ya menores en edad, como Jaime Quezada y Omar Lara, que fueron sensibles, y lo manifestaron, a la resonancia memoriosa, desolada, de su diálogo interior con la naturaleza fríamente crispada, detenida, suspendida entre vientos glaciales, de sus paisajes australes, amortajados de destiempo, *donde la tierra olvida y se triza / y sólo el aire es intacto y duro*; sensibles a su *mensaje de piedra*, grabado con palabras también endurecidas como venidas de un canto de

rudos, roncós, proferimientos.

Personalmente, no creo haber conocido en Chile, adonde la ferocidad literaria no es sólo un subproducto de otras ferocidades propias de los últimos tiempos, otro poeta genuino tan privado de odios y celos, ni mejor dotado de paciencia y tolerancia hacia la malevolencia, la estupidez simple del zafio o del ignaro. Nadie más lejos de la imagen del “bardo silvestre”: pocos poetas se habrán dado como Cárdenas el trabajo benedictino de leer, consultar, estudiar cuanto libro de poemas ofrecían a su curiosidad las bibliotecas públicas o privadas. Pero su erudición no redundaba en jactancias, no nutría ufanías arrogantes, ni se destinaba a destellar en obscuras mundanidades. Era para él una fuente de satisfacción discreta, recompensa de un deber íntimo cumplido para consigo mismo. Pese a su talante reservado, poseía Cárdenas sentido del humor y de la ironía juntamente a una caballerosidad agradable, y a una orgullosa integridad, que sabía hacer valer en su momento con inequívoca firmeza.

Sigilosas verdades humanas

Su poesía se asemeja, en este sentido a su persona. La aparente llaneza de su verso, la familiaridad de sus motivos, no son la marca de yo no sé qué carencia o desfallecimiento de su estro o de su condición. Son, por el contrario, una opción consciente y lúcida obstinada.

Lo que el poeta de *Tránsito breve* buscó y encontró en la poesía no fue ni un aliciente ocasional, ni un paliativo secreto, ni una realidad de substitución más o menos evanescente y sin consecuencia. Ni, por el contrario, la unción de un poder campeador. Sin falsos patetismos, reacio al sentimentalismo extorsionador, ajeno al minimalismo dolorista y al simplismo consolador, trató de erigir en la palabra del poema la dignidad y el signo de ese

puñado de verdades humanas sigilosas, ordinarias —etimológicamente, aquellas que configuran una jerarquía, un orden, de lo humano— que por temor o por temblor la cotidianeidad y el hábito o nuestra sombría necesidad de indolencia van privando, primero de palabra antes de privarlas de prestancia por sí mismas. Esperanza en la intimidad de la desesperanza: *Llega un momento en que se acaba el sueño (...)* *Ya nada es demasiado indispensable, / sólo el aire (...)* *También se puede sonreír al borde de la vida.* Una forma, en cierto modo, de cometido existencial, cuyo ancestro, si hubiese que buscarlo adonde mejor está, en nuestra poesía se halla por ejemplo en la Mistral.

Un tópico, la muerte

Del puñado de enigmas que dan su sustento más frecuente al lenguaje de la poesía (¿hay que precisar, de veras, que de toda poesía?) el tópico de la muerte estará siempre ahí presente. Y para nombrarla, los poetas de siempre habrán forjado muchas de las imágenes más poderosas y más altamente bellas de su arte, como esa *mu danza de marfil* debida a Gonzalo Rojas. La visión de la muerte ronda en permanencia en los poemas de Cárdenas. Ora es un visitante indeciso, un mensajero que se da el tiempo de prolongar, en las inmediaciones de la puerta, la entrega de lo que será nuestro último secreto; ora se trata de una certeza informada, semioculta, sin anuncio ni inminencias. Pero también ella es en sus poemas el contrapunto que da sentido a las celebraciones del día que vivimos: al amor y a la substancia más palpable del hecho de existir, bajo el sol, entre las flores, junto al vino.

Visitado por la muerte en su morada, Rolando Cárdenas nos revela ahora con su ausencia, el sentido último de mucho de lo que había y hay en su escritura. Releo un texto de su primer poemario, *La visita*, y su clave se resuelve con la elocuencia pungente de una premonición. La de su propio fin como el desvanecimiento lento de un cuerpo aquejado de transparencia, sobrecogido por un vago temor infantil; un cuerpo que se esfuma al entrar en un decorado, al mismo tiempo familiar y extraño, fundiéndose en él como el llamado de un sueño ajeno, asombrado de su nueva extrañeza, resignado a ella.

En este bello poema, su muerte se resume en verter la última sílaba del diálogo entablado por años con esos parajes y cuyo cuento era su modo de afirmarse y de decirse a sí mismo. Con ello se agota su misma identidad, puesto que *la palabra era lo único que poseía*, y más allá de su voz restituida a los seres silentes del paisaje austral, no hay más respuesta posible para quien *sólo estaba de paso*. ■